

Literatura gitana

UNA ENTREVISTA A SANTIAGO RONCAGLILO POR JORGE LUIS CRUZ

Cuando decidí entrevistar a Santiago Roncagliolo, miles de kilómetros de distancia nos separaban. Yo estaba en Lima y él en Barcelona, ciudad donde reside, a dos semanas de asistir a la Feria del Libro en Santiago de Chile, en noviembre.

Respondiendo un correo electrónico, me dijo que si quería entrevistarle le podía enviar las preguntas por e-mail, pero que si quería hablar con él por teléfono debía esperar unas semanas. Había un segundo problema: si le enviaba las preguntas en un correo electrónico era probable que todo se convirtiera en un cuestionario. Además, tenía que cruzar los dedos y esperar que luego de responderme la primera batería de preguntas, tuviera la paciencia y el buen humor para responderme otras cuatro repreguntas en un nuevo correo. Primero le envié treinta. Me dijo «aquí van» y todas respondidas al detalle. Luego le envié las otras cuatro y las contestó con la misma dedicación.

Existía, sin embargo, un tercer problema, aún más crítico. A sus 31 años, Santiago Roncagliolo ha respondido tantas entrevistas que parece imposible sacarle algo nuevo, un detalle inadvertido por el mar de periodistas que le han puesto un micrófono delante. Cuando ganó el premio Joven Talento 2003 de la cadena FNAC en España, su nombre empezó a ser rastreado por los medios y tomado en cuenta en el Perú y en América. Un año después era finalista del premio Herralde de Literatura por su novela Pudor, y en 2005 alcanzaba la consagración con el Premio Alfaguara por su novela Abril Rojo. Su imagen se volvió central en la literatura latinoamericana y el interés de la prensa por él aumentó. En Internet figuran más de treinta entrevistas hechas en los últimos años, la mayoría luego del premio. ¿Qué de nuevo puedo preguntarle yo? ¿Qué de nuevo puedo decir de él?

u historia dice que has pasado unos meses sabáticos dedicados al servicio doméstico, que has sido traductor de literatura gay (y también heterosexual) y biógrafo de un millonario. ¿Cómo tuviste oficios tan variopintos?

No puedes decirles a las autoridades migratorias europeas que eres escritor. Necesitas un contrato, y tomas el que puedas. El de empleado doméstico es un contrato rápido al que nadie pone objeciones, porque es un trabajo que los españoles no quieren hacer. Los demás empleos fueron salvavidas útiles y divertidos: mis traducciones se pueden encontrar en librerías de Lima. Hice alguna de André Gide y otra de Jean Genet. Y las memorias fueron un encargo privado. No fueron escritas para publicarse.

La experiencia del viaje ha sido siempre central en tu vida. La primera vez que subiste a un avión fue a los dos años, cuando deportaron a tu familia a México. ¿Qué sucedió aquella vez?

Creo que mi papá dijo alguna bestialidad de las tuyas en televisión. O quizá fue por militar en un partido. Él nunca habla mucho de eso. Sus amigos, sí. Recuerdo un pasaporte falso en el que él aparecía con barba y como ciudadano argentino. Eso me encantaba de pequeño.

¿Y en qué circunstancia se produjo el regreso?

Supongo que volvimos al Perú porque ya había democracia y mi papá quería hacer política. Pero no fue el regreso que él soñaba, y tampoco el mío, la verdad.

Una vez dijiste que el colegio al que llegaste a Lima no te gustaba. Algunos compañeros tuyos de aquella época te recuerdan como el chico «más rebelde de la promoción»...

¿En serio? ¿Así me recuerdan? Supongo que era un tipo un poco raro. Hace tiempo que no pensaba en eso. Tuve problemas para adaptarme desde mi llegada a Lima: venía de otro país, de un colegio pequeño, mixto y laico, y caí en un inmenso colegio religioso de varones. No jugaba fútbol. Al principio ni siquiera entendía los chistes. Supongo que mi rebeldía buscó válvulas de escape que, por lo general, implicaban llamar la atención de un modo u otro. Recuerdo haber ido al colegio borracho una vez, y haberle mentado la madre al profesor de filosofía. Francamente, debo haber sido un tipo insoportable. Supongo que ahora la literatura se lleva buena parte de esa energía. No creo que sea especialmente rebelde ahora. Quizá es que me va bien. Me aburgueso a gran velocidad.

Tu relación con la religión parece conflictiva...

Soy una persona bastante escéptica, no solo de la religión. Soy hijo de grandes sueños revolucionarios que acabaron en nada, y de grandes ideales democráticos que no resolvieron la

pobreza. Me resulta difícil creer incluso en las cosas de este mundo, ya no digamos del otro.

Estuviste en un colegio jesuita como La Inmaculada ¿Eso te ha marcado de manera particular?

La educación jesuita dejó una marca importante en mí y en mucha gente que conozco. Solemos ser personas tremendamente autoexigentes. Eso a veces implica destacar, pero a menudo también supone una gran incapacidad para la satisfacción. Siempre creemos que tenemos que hacer más. También tenemos cierta tendencia al cálculo político que bordea el cinismo.

Tu literatura no ha sido ajena al tema religioso. En tu obra de teatro *Tus amigos nunca te harán daño*, uno de los personajes es un joven que, al contrario de lo que quieren sus amigos para él, se mete de cura...

Cuando escribí a ese personaje pensaba en una persona cuyos ideales resultan sencillamente incomprensibles en un mundo materialista como el de los noventa. Pero en el primer montaje, el actor le dio un giro muy cínico: como estaba interpretado, con el mismo texto, él era tan egoísta como los demás, y para colmo, tenía una coartada. Sentí pavor. Funcionaba bien así.

El personaje de *Abril Rojo*, el fiscal Félix Chacaltana, tiene el mismo apellido de un compañero tuyo del colegio, Manuel, con quien competías por el premio de Literatura en los Juegos Florales. ¿Por qué decidiste ponerle ese nombre al personaje?

Cuando llegué al colegio en el Perú siempre me llamó la atención el apellido de Manolo. Era largo y sonoro, y no se parecía a ninguno que yo hubiese escuchado antes. Aquí en España tengo otro amigo peruano cuyo segundo apellido es también Chacaltana. Yo estaba buscando un apellido que sonase de provincia pero también rimbombante, como es el personaje. Cuando este amigo me dijo su segundo apellido, pensé de inmediato: «ese es». Supongo que el apellido Chacaltana me ha estado persiguiendo toda mi vida, esperando que lo ponga en un libro.

***Abril Rojo* aparece más de una década después de capturado Abimael Guzmán y viene acompañada por otras novelas que tratan el tema del terrorismo en el Perú.**

Muchos peruanos se dan por satisfechos con la explicación de que un señor que estaba loco reclutó a algunos psicópatas y se dedicaron todos a hacer locuras. No creo que esta historia esté cerrada. Lo curioso es que, a pesar de ello, solo en el Perú me hacen esa pregunta: ¿Por qué escribir sobre eso? ¿Por qué otra novela? Yo más bien me pregunto: ¿Cuántas novelas hay? ¿Seis? Vargas Llosa, Gutiérrez, Nieto Degregori, Cueto, Colchado, Dante Castro. ¿Quién más ha escrito al respecto? ¿Y quién de mi generación? España lleva setenta años discutiendo su guerra civil. Chile no deja de escribir sobre sus desaparecidos. En la Argentina aún están pintadas sus siluetas en la Plaza de Mayo. El conflicto más sangriento de la historia republicana del Perú es algo que debería hacernos reflexionar mucho, y forma parte de mi infancia. La sola pregunta ya muestra una gran voluntad en el Perú de guardar silencio, de actuar como si nada hubiese pasado. Y si esa es nuestra actitud, ¿cómo evitaremos que vuelva a pasar?

¿Cuánto te afectó el terrorismo emocionalmente como peruano, como limeño, como joven de clase media, lejos de los lugares donde estaban la mayoría de las víctimas?

El terrorismo y la guerra contra él marcó a mi generación de un modo que creo hemos tratado todos de olvidar. Es verdad que nadie entraba a nuestras casas a incendiarlas, pero Lima tampoco era un remanso: no es normal crecer bajo el ruido de las bombas, con la certeza de los apagones, las redadas, los toques de queda, y sí, los muertos. Luego, además, resultó que la verdadera guerra estaba en las montañas, como si la Sierra Sur fuese otro país. Y luego, además, resultó que el Estado no había sido mucho mejor que los terroristas. Mi generación creció sin una épica. Si eres español o argentino, tienes claro quiénes eran los buenos de tu guerra, y defiendes sus ideales. En el Perú es más complicado escoger de qué lado quieres estar. Yo particularmente, de ninguno.

Desde pequeño has tenido el tema social muy presente.

No tenía más remedio que tenerlo, o más bien, soportarlo. Mi padre militaba en el Partido Socialista Revolucionario. Crecí en el exilio en México. Iba al colegio a los cinco años con una camiseta del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Aprendí el nombre de Salvador Allende antes que el de mi abuelo. Cuando llegaron los años noventa, yo estaba perfectamente equipado para una juventud socialista y politizada. Y justo el año en que entré a la universidad, todo se vino abajo. Ya no había ninguna política que hacer. Ahora creo que, a su manera, la generación de mi padre se divirtió más. Al menos tenían algo grande en qué pensar. A nosotros solo nos quedaron las drogas.

En el año 2000 partiste hacia España, en busca de una oportunidad para ser escritor. ¿Qué sucedía en tu vida para dejarlo todo y mandarte mudar?

En 1999, yo era empleado público de un Estado que se caía a pedazos. Era difícil ser periodista y los guiones de televisión eran cada vez más obligatoriamente mediocres. Me dejó una chica. Me habían

rechazado cuatro editoriales, es decir, todas las que había. Era un buen momento para estar en cualquier otro sitio. Y yo quería tratar de ser escritor. Eso era mejor que criar cerdos en Madagascar o algo así. España resultó el destino natural.

Te fuiste en busca de una oportunidad que aquí no tenías. Sin embargo, en tus novelas siempre has hecho el viaje inverso ambientándolas en el Perú. En la realidad y en la literatura tu relación con el país parece tirante, cruzada por la tensión, la marginación y la tragedia de ser peruano. ¿Sientes esa relación de conflicto entre tu vida y obra con el Perú?

Francamente, no. Nunca he pensado que escriba sobre la tragedia de ser peruano. Escribo sobre la tragedia de ser humano. Me gustan los temas universales: amor, sexo, muerte, guerra, soledad. Lo que ocurre es que escribo con los escenarios que conozco, para darle realidad al texto. Solo descubrí que escribía sobre el Perú al volver ahí a presentar mis libros. Y la reacción de la gente hacia ellos ha sido siempre muy afectuosa. Eso es algo raro para un escritor: que la gente por la calle te salude y exprese cariño por lo que haces. Me hace sentir muy bien. De hecho, el Perú siempre me ha tratado muy bien, hasta cuando me ha tratado mal. Esa deportación temprana a México estuvo en el origen de mi desarraigo y, por lo tanto, probablemente le debo mi carrera literaria.

Luego de ganar el premio Alfaguara, en una conversación con el público a través de Internet dijiste que los autores extranjeros son para ti más importantes que los hispanos. ¿Pero tu voz literaria, la sientes finalmente europea o hispana (si acaso existe algo así)?

Crecí en México, viví casi siempre en el Perú, pero mi adultez se desarrolló en Madrid y ahora estoy en Barcelona. La mayoría de las películas que he visto son norteamericanas, y me encanta también la literatura japonesa. Cuanto tenga un hijo, probablemente hablará catalán. Lo mismo le pasa a mucha gente en este mundo globalizado. La experiencia se globaliza también. Al paso que vamos, no existirá tal cosa como «literatura peruana» o «hispana» o «europea». Habrá voces de distintas personas escritas en distintos lugares y en distintas lenguas, a veces incluso en mezclas de lenguas como el spanglish.

Tienes toda una faceta infantil en tu literatura y tres libros para niños publicados. ¿Te cuesta graduar tu lenguaje para un público adulto y luego para uno infantil?

Los niños se entregan a la ficción con una pasión de la que carecen los adultos. Y creo que yo tengo esa pasión algo infantil también. Por eso, no veo una diferencia esencial entre ambos públicos. Yo escribo historias —infantiles o adultas, reales o de ficción, visuales o literarias— y luego calculo a qué editor le interesará cada una de ellas.

Acabas de publicar «Matías y los imposibles», tu tercera historia infantil, ¿qué tal te va con el libro?

Muy bien. Ganó un premio del Ministerio de Educación, y creo que el éxito de *Abril Rojo* le ha servido. Lo he publicado con una editorial pequeña, de modo que la presión de las ventas no es tanta. Para mí, «Matías» fue una linda experiencia creativa que puedo compartir con lectores de todas las edades. No espero hacerme millonario con él. En general, siempre he acertado cuando no he actuado pensando en el dinero.

Tus demás libros deben haberse beneficiado con el éxito de *Abril Rojo*.

Pudor ha vuelto a venderse y el próximo año habrá una película, de modo que la editorial planea un nuevo lanzamiento. El *Príncipe de los Caimanes* se ha reeditado. Pero no presto demasiada atención a esas cosas. Trato de tener la cabeza en el presente, que ya es muy intenso, y en el futuro, para decidir qué haré con mi vida en adelante, pero tampoco planeo las cosas con mucha anticipación.

También escribes en un blog, que tiene mucha participación del público. ¿Cómo te afecta esta sobreexposición a la crítica? ¿No te jode que haya gente que se dé el tiempo de escribirte solo para insultarte?

¡No! Eso es un gran elogio. Si alguien te odia tanto como para tomarse el trabajo de entrar a tu blog y atacarte, es que realmente estás haciendo algo interesante. Además, es parte de la libertad del género del blog. No quiero que se censure nada. Me gustaría que los políticos se sometiesen a sesiones periódicas de insultos como lo hago yo. Pero la idea era llevar una especie de diario de un año totalmente surrealista en mi vida, y compartirlo con mis lectores ya que he visitado muchos de sus países. El blog es vivir para contarla. Es un experimento interesante en un año interesante, pero no sé si sobreviva a él. El periodo previsto se cumple en diciembre. Aún no he decidido qué haré con él después de eso. Estoy un poco agotado de la exposición pública y el exceso de trabajo. ■